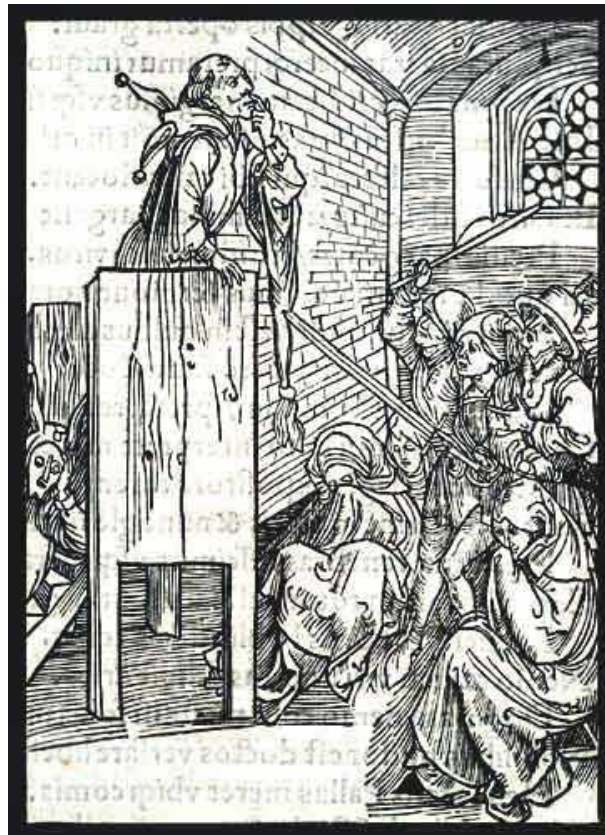


Haití

Más de un mes después del terremoto que dejó devastado a Haití, seguimos constatando el horror cotidiano para gran parte de su población. Publicamos a continuación dos artículos. El de Bill Quikley da cumplida información sobre la supuestamente módica respuesta de EEUU a la catástrofe haitiana. El segundo es de Naomi Klein y explica las fuentes de la cuádruple deuda que los países ricos tiene con Haití: la esclavitud, la ocupación estadounidense, la dictadura y el cambio climático.

Un millón de sin techo en Haití ¿Y los EEUU llaman a eso “modelo de respuesta”?



A pesar del hecho de que más de un millón de personas permanecen sin techo en Haití un mes después del terremoto, el embajador de los EEUU en Haití, Ken Merten,

es citado en una nota de prensa del 12 de febrero del Departamento de Estado diciendo: “en términos de entrega de la ayuda humanitaria... francamente, está yendo muy bien, y creo que será algo que la gente podrá mirar atrás en el futuro como un modelo de cómo hemos sido capaces de afrontar esto nosotros mismos como donantes en el terreno y respondiendo a un terremoto”.

¿Qué? ¿Haití es un modelo de cómo la gobernanza internacional y la comunidad donante deben responder a un terremoto? El embajador debe estar agotado por el trabajo y necesita algo de reposo. Veamos los hechos.

La Oficina de Naciones Unidas para la Coordinación de Asuntos Humanitarios (OCHA) informaba el 11 de febrero de que hay todavía 1,2 millones de personas viviendo en “asentamientos espontáneos” en y alrededor de Puerto Príncipe como resultado del terremoto del 12 de enero. Estos asentamientos espontáneos son campos en expansión descontrolada de personas, niños y familias haitianas sin techo viviendo en campo abierto bajo sábanas.

Más de 300.000 están en campos en Carrefour, casi 200.000 en puerto Príncipe, y más de 100.000 entre Delmas Petitionville y Leogane según Naciones Unidas.

Unas 25.000 personas están acampadas en un campo de golf en Petitionville. Cientos de miles viven en campos de fútbol, patios de iglesias, laderas de colinas, en barrancos, e incluso en franjas de tierra en medio de la calle. La ONU ha identificado unos 300 asentamientos espontáneos. Según la Cruz Roja hay más de 700.

La ONU informaba de que apenas una de cada cinco personas en los campos había recibido tiendas o lonas a 11 de febrero. El 80% de los cientos de miles de niños y familias todavía viven a campo abierto bajo sábanas.

Muchos de estos campos son enormes. Diecinueve de estos campos de sin techo en el área de Puerto Príncipe acogen en conjunto a 180.000 personas. Más de la mitad de estos campos son tan espontáneos que no hay una organización en el campo que al menos informe globalmente de sus necesidades.

Otro medio millón de personas ha dejado Puerto Príncipe, la mayoría se ha dirigido hacia el campo. Como resultado hay problemas importantes de alimentos en el campo. Unas 168.000 personas desplazadas por el interior del país están viviendo a lo largo de la frontera con la República Dominicana, muchos con sus familias. Otros están en asentamientos “espontáneos” de hasta mil personas.

A la gente viviendo en estos campos densamente poblados se le requerirá que se traslade a asentamientos más organizados fuera de la ciudad. La relocalización, dice la ONU, será bajo criterios voluntarios.

El embajador estadounidense sabe perfectamente que hay unas 900 agencias de ayuda sobre el terreno en Haití. La coordinación y comunicación entre esas agencias y entre ellas y el gobierno de Haití continúa siendo un serio desafío.

Aunque mucha gente está intentando afrontar las necesidades de supervivencia de Haití, nadie además del embajador se atreve a decir que este es un modelo de respuesta. El director de “Partners in Health”, el Dr. Louise Ivers, informaba el mismo día de que “hay más y más miseria” en Puerto Príncipe, así como también de los

temores que amenazan los campos de la fiebre tifoidea y la disentería además de la temporada de lluvias.

Pero todavía prevalece el espíritu de Haití. Todo el que ha estado en Haití tras el terremoto habla de historias inspiradoras de haitianos ayudando a haitianos a pesar de la trágicamente inadecuada respuesta del gobierno de Haití y de la comunidad internacional. Ese espíritu es algo que la gente debe admirar. Permítanme acabar con una historia que lo ilustra:

A un orfanato a las afueras de Puerto Príncipe que alojaba a 57 niños se le prometió una gran tienda de manera que los pequeños no tuvieran que dormir más tiempo bajo las estrellas. La tienda llegó pero sin postes para sostenerla. Al mismo grupo se le prometió comida de UNICEF. Doce días después no había llegado la comida. Improvisaron y fabricaron andamios para crear un toldo sobre los colchones tirados en el suelo. Encuentran comida allá donde pueden. “Resistimos”, dice Etienne Bruny el director haitiano del orfanato, “estamos acostumbrados a tiempos difíciles”.

Los haitianos resisten pese a la inadecuada respuesta humanitaria. Ellos son el modelo.

Bill Quigley es abogado especialista en derechos humanos y profesor de derecho en la Universidad de Loyola de Nueva Orleans. Es un superviviente del Katrina y ha trabajado por los derechos humanos durante años para el Instituto por la Justicia y la Democracia en Haití.

Traducción para www.sinpermiso.info: Txomin Martino

sinpermiso electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia sólo es posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a las donaciones altruistas de sus lectores. Si le ha interesado este artículo, considere la posibilidad de contribuir al desarrollo de este proyecto político-cultural realizando una **DONACIÓN** o haciendo una **SUSCRIPCIÓN** a la **REVISTA SEMESTRAL** impresa

Counterpunch, 15 febrero 2010

Haití: un acreedor, no un deudor



Si creemos a los ministros de finanzas del G-7, Haití está a punto de conseguir algo que se merecía desde mucho tiempo atrás: el total “perdón” de su deuda externa. En Puerto Príncipe, el economista haitiano Camille Chalmers ha estado siguiendo estos acontecimientos con un optimismo cauto. La cancelación de la deuda es un buen comienzo, dijo a Al Jazeera en su versión anglo, pero “es tiempo de ir más allá. Tenemos que hablar sobre reparaciones e indemnizaciones por las devastadoras consecuencias de la deuda”. En su declaración, la idea de que Haití es un país deudor, necesita ser abandonada. Haití, argumenta, es un acreedor –y somos nosotros, en el oeste, quienes estamos demorados en el pago de nuestras obligaciones-.

Nuestra deuda con Haití proviene principalmente de cuatro fuentes: la esclavitud, la ocupación estadounidense, la dictadura y el cambio climático. Estos reclamos no son fantasiosos, ni puramente retóricos. Descansan sobre múltiples violaciones de normas y acuerdos legales. Aquí, aunque demasiado brevemente, se ofrecen algunos aspectos destacados del caso haitiano.

§ *La deuda de la esclavitud.* Cuando los haitianos ganaron su independencia de Francia en 1804, tuvieron todo el derecho de reclamar reparaciones a los poderes que se habían aprovechado durante trescientos años del trabajo robado. Francia, de todos modos, estaba convencida de que habían sido los haitianos quienes habían robado la propiedad de los dueños de esclavos rehusándose a trabajar gratuitamente. Por ello, en 1825, con una flota de barcos de guerra amarrados en la costa haitiana

amenazando con volver a esclavizar la antigua colonia, el rey Carlos X vino a recolectar: 90 millones de francos en oro –diez veces la renta anual de Haití en ese momento-. Sin capacidad de rehusarse, y sin posibilidades de pagar, la joven nación fue amarrada a una deuda que tomaría 122 años en saldarse.

En 2003, el presidente haitiano Jean-Bertrand Aristide, enfrentando un agobiante embargo económico, anunció que Haití demandaría al gobierno francés por el robo perpetrado tiempo atrás. “Nuestro argumento”, me dijo el ex abogado de Aristide, Ira Kurzban, “fue que el contrato fue un acuerdo sin validez porque estuvo basado en la amenaza de re-esclavización en tiempos en los que la comunidad internacional consideraba a la esclavitud como un mal”. El gobierno francés estuvo lo suficientemente preocupado como para enviar un mediador a Puerto Príncipe para que mantuviese el caso fuera de los tribunales. Finalmente, sin embargo, su problema fue eliminado: mientras los preparativos del juicio estaban llevándose a cabo, Aristide fue derrocado. El juicio desapareció, pero para muchos haitianos los reclamos de reparación aun continúan.

§ *La deuda de la dictadura.* Desde 1957 a 1986, Haití estuvo gobernado por el régimen desafiantemente cleptocrático de Duvalier. A diferencia de la deuda francesa, el caso contra Duvalier se expuso en varios tribunales, que rastrearon los fondos haitianos hasta una elaborada red de cuentas bancarias en Suiza y fastuosas propiedades. En 1988, Kurzban ganó un juicio clave contra Jean-Claude “Baby Doc” Duvalier cuando una Corte de Distrito en Miami dictaminó que el depuesto gobernante había “malversado más de 504 millones de dólares de fondos públicos”.

Los haitianos, por supuesto, aun siguen esperando por la restitución de ese dinero – pero este fue sólo el comienzo de sus pérdidas-. Durante más de dos décadas, los acreedores del país insistieron que los haitianos debían honrar las astronómicas deudas contraídas por Duvalier, estimadas en 844 millones de dólares, gran parte de las cuales pertenecían a instituciones como el FMI y el Banco Mundial. Sólo en servicios de deuda, los haitianos tienen que pagar 10 millones de dólares por año.

¿Era legal para los prestamistas extranjeros cobrar las deudas de Duvalier siendo que gran parte de ellas nunca fueron gastadas en Haití? Muy probablemente no. Como me afirmó Cephias Lumina, el experto independiente en deuda externa de Naciones Unidas, “el caso de Haití es uno de los mejores ejemplos de deuda odiosa en el mundo. Sólo sobre esa base la deuda debería ser cancelada incondicionalmente”.

Pero aún si Haití viera cancelada la totalidad de su deuda (y destaco el si), esto no extinguiría su derecho a ser compensado por las deudas ilegales que ya se contraieron.

§ *La deuda climática.* Apoyado por muchos países en vías de desarrollo en la cumbre sobre cambio climático en Copenhague, el caso de la deuda climática es sencillo. Los países ricos que han fallado tan espectacularmente en resolver la crisis climática que han causado, tienen una deuda con los países en desarrollo que han contribuido poco a la crisis pero que padecen sus efectos de manera desproporcionada. Resumidamente, quien contamina, paga. Haití tiene un argumento irrefutable. Su contribución al cambio climático ha sido insignificante; las emisiones de carbono *per capita* de Haití representan sólo el 1% de las emisiones de los Estados Unidos. Aun así, Haití está entre los países más afectados –de acuerdo con un índice, sólo Somalia es más vulnerable al cambio climático-.

La vulnerabilidad de Haití al cambio climático no se debe sólo –ni siquiera principalmente- a su geografía. Efectivamente, el país enfrenta tormentas cada vez más devastadoras. Pero es la débil infraestructura de Haití la que convierte situaciones de alerta en desastres, y desastres en completas catástrofes. El terremoto, a pesar de que no tiene relación con el cambio climático, es un excelente ejemplo. Y aquí es donde todos esos pagos de deudas ilegales pueden tener su costo más devastador. Cada pago a un acreedor extranjero es dinero que no se utilizó para construir un camino, una escuela, una línea eléctrica. Y esa misma deuda ilegítima acrecienta el poder del FMI y del Banco Mundial para imponer onerosas condiciones para cada nuevo préstamo, requiriendo que Haití desregule su economía y achique aún más su sector público. Al fallar en el cumplimiento de esas condiciones fue castigado con un embargo de la ayuda desde 2001 hasta 2004, las campanas de muerte para la esfera pública haitiana.

Esta historia precisa ser confrontada ahora, porque amenaza con repetirse a sí misma. Los acreedores de Haití ya están utilizando la desesperada necesidad de ayuda por el terremoto para presionar por la quintuplicación de la producción en el sector textil, uno de los trabajos más explotadores en el país. Los haitianos no tienen mucho prestigio en estas conversaciones, porque son considerados receptores pasivos de ayuda, no como participantes dignos y plenos en un proceso de reparación e indemnización.

Un cálculo sobre las deudas que el mundo tiene con Haití podría cambiar radicalmente su dinámica venenosa. Aquí es donde comienza el verdadero camino hacia la reparación: mediante el reconocimiento del derecho de los haitianos a ser reparados.

*Naomi Klein es una premiada periodista y sindicada columnista y autora del bestseller **La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre** (septiembre 2007); un bestseller internacional previo fue **No-Logo: el poder de las marcas** (2002); y la colección **Vallas y ventanas: despachos desde las trincheras del debate sobre la globalización** (2002).*

Traducción para www.sinpermiso.info: Camila Vollenweider

sinpermiso electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia sólo es posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a las donaciones altruistas de sus lectores. Si le ha interesado este artículo, considere la posibilidad de contribuir al desarrollo de este proyecto político-cultural realizando una **DONACIÓN** o haciendo una **SUSCRIPCIÓN** a la **REVISTA SEMESTRAL** impresa

The Nation, 11 febrero 2010